

VIA LUCIS

Este itinerario de oración en torno a la Resurrección en catorce estaciones ha sido elaborado por profesores y estudiantes de Filosofía de la Universidad Pontificia de Comillas



Primera estación

Jesús resucita y conquista la vida verdadera (Mt 28,5-6)

El ángel dijo a las mujeres: —Vosotras no temáis. Sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí; ha resucitado como había dicho. Acercaos a ver el lugar donde yacía.

No temáis. Las palabras que dirige el ángel a las mujeres en la mañana de Pascua hoy apuntan a cada uno de nosotros. En esta Pascua tan peculiar podemos sentirnos como aquellas mujeres. La muerte ha vuelto a ocupar un espacio grande en nuestra vida. Rodeados por ella, parece que no hay salida, que no hay lugar para la esperanza, parece que Dios ha callado. Y, a pesar de todo, hoy el Señor nos dedica estas palabras. **No temas.** Jesús no está aquí. No está aquí porque la muerte no tiene la última palabra, porque por oscura que se torne la noche, la vida vencerá. Jesús **ha resucitado**, y nos promete la **Vida** incluso cuando parece que la muerte ha vencido. ¿A qué sigues temiendo? ¿Confías en su promesa?

(Juan de Dios Carretero ss.cc., estudiante de Filosofía)





Segunda estación

Dos mujeres seguidoras de Cristo encuentran su sepulcro vacío (Jn 20,1-8)

El primer día de la semana, muy temprano, todavía a oscuras, va María Magdalena al sepulcro y observa que la piedra está retirada del sepulcro. Entonces corre adonde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el predilecto de Jesús, y les dice: —Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto. Salió Pedro con el otro discípulo y se dirigieron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corría más que Pedro y llegó primero al sepulcro. Inclinandose vio los lienzos en el suelo, pero no entró. Después llegó Simón Pedro, detrás de él y entró en el sepulcro. Observó los lienzos en el suelo y el sudario que le había envuelto la cabeza no en el suelo con los lienzos, sino enrollado en lugar aparte.

Crucificado su maestro, enterrado su amigo, resulta fácil comprender el abatimiento y la desilusión de quienes contemplaban en Él al heredero del terrenal trono de David. Mas estas esperanzas quebrantadas pueden ser nuestras siempre que erradamente soñamos con milagrosos reinos que prometen la salvación aquí y ahora por medio del poder y la técnica. Celebremos la perspicacia y la hondura de las **Santas Mujeres** que se adelantaron incluso a los apóstoles más queridos por Él. En ellas descansaba una **esperanza** que no se agota. En ellas se produjo el anonadamiento al contemplar un **sepulcro vacío**, pues ¿quién movió la losa y qué ha ocurrido con Él? En ellas —en su sobrecogedor cuadro sobre el sepulcro vacío— representó el pintor James Tissot ese anticipo más hermoso, pues los ángeles atestiguan la **victoria del Hijo de Dios** sobre las cadenas de la muerte. Ésa es la primicia, que el Reino prometido no es de este mundo, pero comienza aquí y ahora.

(Mario Ramos Vera, profesor de Filosofía)

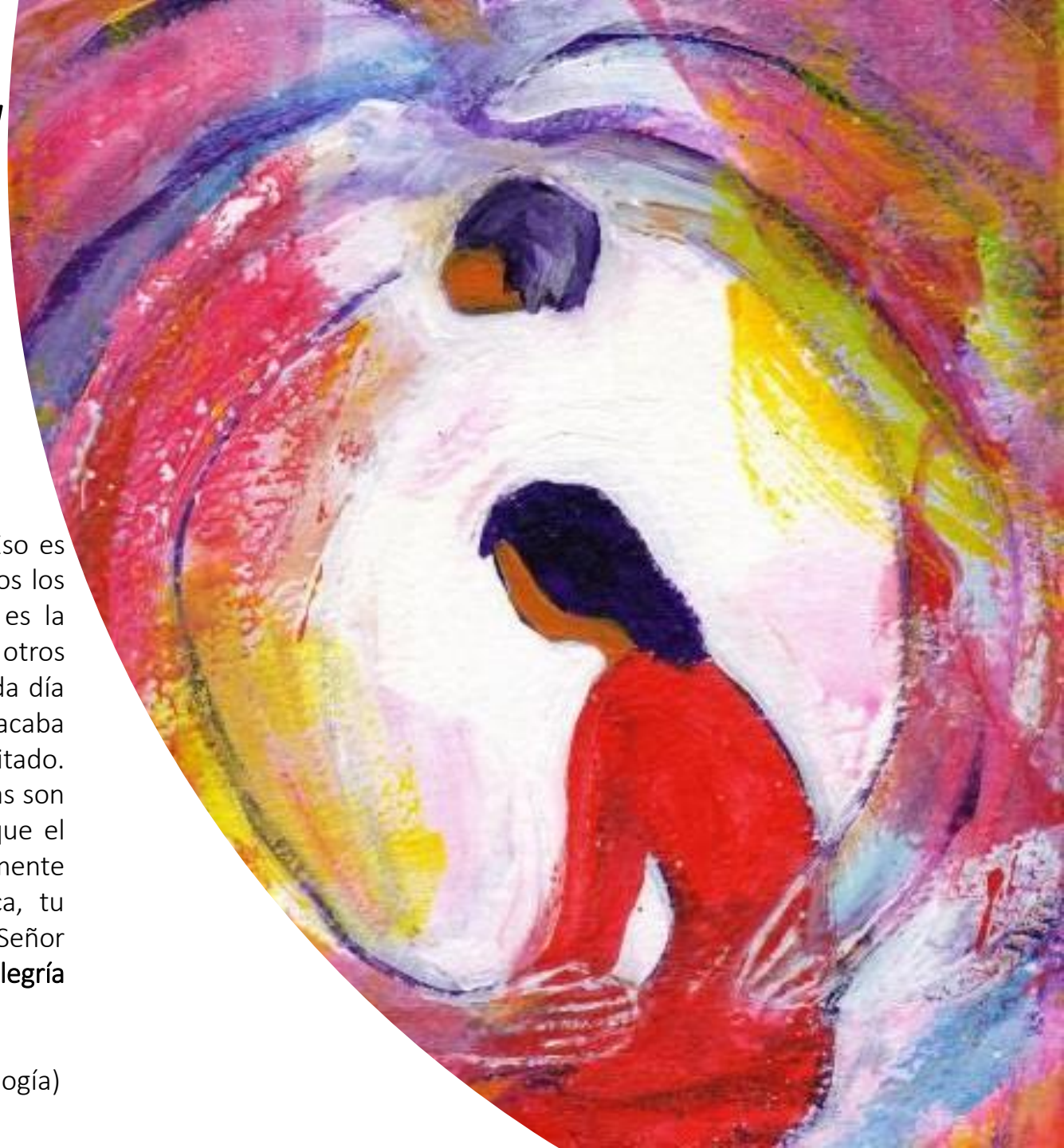
Tercera estación

Jesús resucitado se aparece a María Magdalena (Jn 20,14-18)

Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no lo reconoció. Jesús le dice: —Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, tomándolo por el hortelano, le dice: —Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo. Jesús le dice: —¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: —Rabbuni—que significa maestro—. Le dice Jesús: —Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: —He visto al Señor y me ha dicho esto.

María, la Magdalena, la mujer que fue curada por Jesús de “unos espíritus”. Eso es todo lo que sabemos de ella. Una mujer que para aquel entonces cumplía todos los requisitos para ser apartada de la sociedad. Pues precisamente, esa mujer, es la primera que elige Jesús para aparecerse **ya resucitado**. María, junto con muchos otros personajes secundarios del evangelio, es una **fiel seguidora** de Jesús. Como cada día desde la muerte de Jesús acude a la tumba, a rezar, a buscar sentido a lo que acaba de ocurrir días atrás. Sumida en una gran tristeza se encuentra con Jesús resucitado. Cómo sería su tristeza para no darse cuenta de con quién está hablando. Muchas son las preguntas que nos podemos hacer al leer este texto, ¿Seré yo digno de que el Señor se me aparezca? ¿Merezco que el Señor me hable a mí? Pues si, precisamente por ser como “La Magdalena” eres digno de que el Señor se te aparezca, tu imperfección es la condición necesaria para recibir ese regalo. Que el Señor resucitado entre en nuestras vidas, **consuele nuestra tristeza y llene de esa alegría** cada uno de nuestros corazones.

(Ignacio Cervera Mira ss.cc., estudiante de Teología)



Cuarta estación

Jesús se aparece en el camino a Emaús (Lc 24,10-30)

Eran María Magdalena, Juana y María de Santiago. Ellas y las demás se lo contaron a los apóstoles. Pero ellos tomaron el relato por un delirio y no las creyeron. Pedro, en cambio, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Se asomó y sólo vio las sábanas; así que volvió a casa extrañado por lo ocurrido. Aquel mismo día, dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante a unas dos leguas de Jerusalén. Iban comentando todo lo sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona los alcanzó y se puso a caminar con ellos. Pero ellos tenían los ojos incapacitados para reconocerlo. Él les preguntó:

—¿De qué vais conversando por el camino? Ellos se detuvieron con semblante afligido, y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo: —¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que desconoce lo que ha sucedido allí estos días? Jesús preguntó: —¿Qué cosa? Le contestaron: —Lo de Jesús de Nazaret, que era un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. Los sumos sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. ¡Nosotros esperábamos que él fuera el liberador de Israel!, pero ya hace tres días que sucedió todo esto. Es verdad que unas mujeres de nuestro grupo nos han alarmado; ellas fueron de madrugada al sepulcro, y al no encontrar el cadáver, volvieron diciendo que se les habían aparecido unos ángeles asegurándonos que él está vivo. También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron. Jesús les dijo: —¡Qué necios y torpes para creer cuanto dijeron los profetas! ¿No tenía que padecer eso el Mesías para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él. Se acercaban a la aldea adonde se dirigían, y él fingió seguir adelante. Pero ellos le insistieron: —Quédate con nosotros, que se hace tarde y el día va de caída. Entró para quedarse con ellos; y, mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.

A veces cuesta ver en nuestra vida la presencia de Dios y nos parece que hemos de hacer grandes deducciones u oraciones y sacrificios muy fuertes para encontrarlo. De lo que no nos damos cuenta es de que **Dios nos ama mucho más de lo que le amamos a Él**, por eso no hemos de buscar tanto y más bien hemos de **estar atentos** para ver dónde está. En el caso de los amigos de Emaús fue un **forastero** que iba con ellos, pero iban demasiado distraídos con sus problemas sobre la muerte y resurrección de Jesús como para ver que estaba con ellos. Te recomiendo que pares un momento y te preguntes si realmente estás con el Resucitado; **examina las cosas más sencillas**, pero de más valor que hay en tu vida: tus amigos, la familia, tu carrera, tu oración... **Dios ya está contigo, nunca te abandona**, sólo hay que abrir los ojos y el oído para ver dónde está y qué quiere decirte.



Quinta estación

Reconocen a Jesús resucitado al partir el pan (Lc 24,30-35)

Mientras estaba con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Se dijeron uno al otro: —¿No se abrasaba nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba la Escritura? Al punto se levantaron, volvieron a Jerusalén y encontraron a los Once con los demás compañeros, que decían: —Realmente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Ellos por su parte contaron lo que les había sucedido en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Qué difícil es mantener la fidelidad cuando los sueños, humanos y muy humanos, no se cumplen. **Qué difícil es mantener la fidelidad**, y hablo de mí, cuando los sueños de transformar el mundo, la Iglesia, mi Congregación, mi comunidad, mi departamento, mi clase diaria... no acaban de la manera en que yo los pensé. Miras atrás y la vida te parece un fracaso... Y si este sentimiento se apodera de ti, dejas de mirar y de saborear el buen futuro de Dios. Y nos cansamos... Y caemos en la **tentación**, los dos de Emaús, de regresar a trabajos seguros y calculados... Pero **Jesús, el Cristo está ahí**, acompañando nuestro caminar... Y entonces un grito: quédate con nosotros... Y entonces un nuevo sentimiento en lo más profundo del corazón: **¿no ardía nuestro corazón...?** Y entonces, y solo entonces, corremos a reencontrarnos con nuestros hermanos y a reconstruir la fraternidad para anunciar juntos, desde la profunda experiencia de amor sentida, que **ESTÁ VIVO...** y que **SU LUZ** será siempre nuestra luz.

(Antonio Sánchez Orantos cmf, profesor de Filosofía)



Sexta estación

Jesús resucitado se aparece a los discípulos en Jerusalén (Lc 24,36-40)



Estaban hablando de esto, cuando se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: —La paz esté con vosotros. Espantados y temblando de miedo, pensaban que era un fantasma. Pero él les dijo: —¿Por qué estáis turbados? ¿Por qué se os ocurren tantas dudas? Mirad mis manos y mis pies, que soy el mismo. Tocad y ved, que un fantasma no tiene carne y hueso, como veis que yo tengo. Dicho esto, les mostró las manos y los pies.

Contiene este pasaje el pasmo de **reencontrar a Jesús resucitado**. Impresiona la **humanidad y empatía** de las palabras de Jesús, que asume que sus discípulos estén asustados y que creen que es un fantasma. Y sin que si quiera pidan pruebas, les dice: “**tocad y ved**”. Esa humanidad continúa cuando luego en los siguientes versículos les pedirá algo de comer, para que salgan del *shock*. A diferencia de otros pasajes más simbólicos, como el de Emaús, donde le reconocen al partir el pan, aquí Jesús se presente precisamente a los más cercanos en una situación de gran realismo. ¿Cómo traer estas líneas a nuestro presente y nuestra vida? Hoy **Jesús se sigue presentando**, no ya como un presunto fantasma, pero sí en nuestro entorno, en **infinidad de señales**, especialmente en los demás; cuando sufren, cuando perdonan, cuando aman, también cuando están perdidos. Jesús nos enseñó que esas situaciones y no otras sería la forma en la que estaríamos con él, y como nos seguiría hablando, y sobre todo escuchando y acompañando en la vida; ofreciéndonos su mano cuando todo parezca desvanecerse a nuestros pies.

Como recomendación para meditar este pasaje recomendaría el aria de **J. S. Bach** “Dejadnos ir con Jesús”: <https://www.youtube.com/watch?v=NSHEQ-INkM> Aunque sería bonito traducirlo entero, creo que el comienzo de las diferentes estrofas es toda una guía para este pasaje y mucho más, para vivir la pasión y la resurrección esta semana santa:

*Vayamos con Jesús - Suframos con Jesús - Muramos con Jesús - Vivamos con Jesús – (Y el último verso, que se dirige directamente a Jesús)
“Jesús, te vivo aquí. Déjame estar eternamente contigo”*

(Ricardo Pinilla Burgos, profesor de Filosofía)

Séptima estación

Jesús resucitado da su paz a los discípulos y el poder de perdonar pecados (Jn 20,19-23)

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice: —Paz con vosotros. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor. Jesús repitió: —Paz con vosotros. Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros. Dicho esto, sopló sobre ellos y añadió: —Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los mantengáis les quedan mantenidos.

La atmósfera donde se desenvuelve este pasaje del Evangelio es ya de por sí reveladora de cómo actúa Cristo. Los discípulos están encerrados, atemorizados por lo que puede pasar estando su maestro muerto, y ahí es donde actúa el Señor. Se aparece en el miedo, en la intranquilidad, en el desasosiego y les da la Paz. Pero no es una paz vacía, ni un placebo. En **sus heridas** se ve escrito que es una paz de redención. Enseñándonos las llagas nos está diciendo que nosotros estamos libres de esas heridas, porque las tiene Él, porque se ha puesto en nuestro lugar. Y así, después de su muerte y resurrección, nos trae la buena noticia que estábamos esperando, **los cielos se acaban de abrir**, y con el **perdón de los pecados** podemos entrar, no hay mejor noticia que pueda traer un verdadero Salvador, que el **poder real del perdón**, un poder que cambia nuestra vida y nos pone en camino hacia la **santidad**.

(Ignacio Sánchez Fernández, estudiante de Filosofía)





Octava estación

Jesús resucitado refuerza la fe de Tomás (Jn 20,24-29)

Tomás, que significa Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: —Hemos visto al Señor. Él replicó: —Si no veo en sus manos la marca de los clavos y no meto el dedo por el agujero, si no meto la mano por su costado, no creeré. A los ocho días estaban de nuevo dentro los discípulos y Tomás con ellos. Vino Jesús a puertas cerradas, se colocó en medio y les dijo: —Paz con vosotros. Después dice a Tomás: —Mete aquí el dedo y mira mis manos; trae la mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, antes cree. Le contestó Tomás: —Señor mío y Dios mío. Le dice Jesús: —Porque me has visto, has creído; dichosos los que crean sin haber visto.

Para los antiguos los nombres eran seres vivos, frágiles y poderosos al mismo tiempo. Las fuentes más antiguas, atribuyen al nombre **Tomás** dos significados, ambos derivados de formas arameas: To'mā (**gemelo**) y T'hōmā (**abismo**). ¿Por qué "gemelo" y por qué "abismo"? De entre todas las explicaciones, me gusta una que tal vez sea poco probable, pero que se adapta estupendamente a nuestra realidad: Tomás es gemelo de cada uno de nosotros porque, como cada uno de nosotros, siente que su **esperanza** y su **fe** se **tambalean** ante el abismo de lo desconocido. Fe y esperanza, en mi mitología particular, son una única y curiosa cosa, un signo de interrogación ante un espejo, un ser con forma de corazón que late y duda: **!?** **La vida necesita amor** para seguir adelante, para que la fe y la esperanza no se separen y no se pierdan. No es fácil: no tenemos la suerte de Tomás, no tenemos una prueba definitiva, no podemos mirar al **Misterio** a los ojos y hundir nuestra mano en su costado. Sin embargo, podemos amar, mirar en los ojos del **prójimo** y hundir nuestras manos en sus heridas. Al fin y al cabo es lo único que el Misterio nos ha pedido. Y sabemos que **funciona**.

(Angelo Valastro Canale , profesor de Filosofía)

Novena estación Jesús se aparece en el mar de Tiberíades (Jn 21,1-12)



Después Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos. Les dice Simón Pedro: —Voy a pescar. Le responden: —Vamos contigo. Salieron, pues, y montaron en la barca; pero aquella noche no pescaron nada. Ya de mañana Jesús estaba en la playa; pero los discípulos no reconocieron que era Jesús. Les dice Jesús: —Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Ellos contestaron: —No. Les dijo: —Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron y no podían arrastrarla por la abundancia de peces. El discípulo predilecto de Jesús dice a Pedro: —Es el Señor. Al oír Pedro que era el Señor, se ciñó un blusón, pues no llevaba otra cosa, y se tiró al agua. Los demás discípulos se acercaron en el bote, arrastrando la red con los peces, pues no estaban lejos de la orilla, apenas doscientos codos. Cuando saltaron a tierra, ven unas brasas preparadas y encima pescado y pan. Les dice Jesús: —Ahora, traed algo de lo que habéis pescado. Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, la red no se rompió. Les dice Jesús: —Venid a almorzar. Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor.

Vuelvo a mi trabajo, vuelvo a lo de siempre. Y aunque he tenido experiencia de Dios, se me hace difícil la jornada. Vi a Jesús sí, pero fue en un momento de fervor. **Como siempre**, me da la sensación de que aparece solo en momentos puntuales, como si fuese el efecto de un estado de euforia pasajero. Pero al volver a mi vida, todo sale como siempre. Gané algunos amigos, aunque temo que ahora me vean distinto después de todo lo que hemos compartido y vivido en estos días. De repente levanto la vista y **le veo**, se estimulan mis sentidos, todo cobra una aroma y color distintos. **Recuerdo** por quien, y para quien hago las cosas, recuerdo también, la **alegría** que se siente al compartir la mesa con los **hermanos**, junto a **Jesús**. Le veo perfectamente, está aquí, en la novedad del volver cada día. No lo digo, pues lo obvio queda expresado en las acciones.

Décima estación

San Pedro le reitera su amor a Jesús (Jn 21,15-19)



Cuando terminaron de comer, dice Jesús a Simón Pedro: —Simón, hijo de Juan, ¿me quieres más que éstos? Le responde: —Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: —Apacienta mis corderos. Le pregunta por segunda vez: —Simón, hijo de Juan, ¿me quieres? Le responde: —Sí, Señor, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: —Apacienta mis ovejas. Por tercera vez le pregunta: —Simón hijo de Juan, ¿me quieres? Pedro se entristeció de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le dijo: —Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero. Jesús le dice: —Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro, cuando eras mozo, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Lo decía indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después de hablar así, añadió: —Sígueme.

Seguimos a Cristo porque **Él nos llama**, como llama a todos los seres humanos. De **jóvenes** concebimos un **amor ardiente** por la verdad y el bien, y es cierto que los pasos que nos hace dar este amor son ya seguir a Cristo. Pero nos es preciso **fracasar**, hacernos **viejos** (nunca adultos que juegan el juego del poder, el dinero y el éxito), ver con amarga claridad la **pobreza de nuestras obras** de amor. Aún no sabemos hasta dónde se nos pedirá bajar en esta experiencia de despojamiento. No podemos tener miedo. Tras nuestras negaciones y nuestros fracasos, llevados a donde no queríamos ir, **suenan la llamada del Cristo**, ahora infinitamente clara y dulce: Sígueme. Ya no nos quedará más que esta voz. Y al obedecerla, llenos de **gratitud**, misteriosamente daremos alimento fresco a los pobres de Dios que no creen haber oído su llamada.

(Miguel García-Baró López, profesor de Filosofía)




Por tanto, id a hacer discípulos entre todos los pueblos, bautizadlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y enseñadles a cumplir cuanto os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre, hasta el fin del mundo.

Undécima estación Jesús resucitado envía a los discípulos (Mt 28,19-20)

Después de la Resurrección, después de vencer el miedo, el dolor, queda la luz, la esperanza de la vida, una vida eterna. El Amor generoso de nuestro Padre y con ello la **“Misión universal de los discípulos, la tarea de ir al mundo entero”**, de todo creyente que vive y experimenta el **amor** del Padre, que vive desde la plenitud de saber y sentirse llamado a algo más grande que él mismo y que habita en su interior y que lo impulsa a comunicarlo a los demás, todos deben tener el mensaje de vivir según el evangelio. Tres cuestiones que nos presenta: la **experiencia profunda de fe** que nos conduce al **Amor**, la **Confianza que Dios Padre** tiene en sus hijos para **confiar a** cada miembro de su iglesia, la **misión** de llevar luz, amor, bien, a los demás, y la **promesa** que realiza: **“Estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos”**. En el Juan 17: se destaca la **unidad de Jesús, su Padre celestial y el enviado (el apóstol) en esa especie de testamento espiritual aboga por nosotros en todo momento**. En contextos complejos como el de hoy en el mundo por la pandemia, nos queda Amar, confiar, creer, son palabras que cobran sentido y nombre en cada persona que en un **acto de amor, solidaridad, caridad** de distintas formas velan por sus semejantes. Recordemos como termina dicho testamento (Juan 17, 26): **“Les he dado a conocer quién eres, y continuaré dándote a conocer, para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté en ellos”**. Llevar la **Esperanza al mundo, es llevar al mundo la alegría de la resurrección**.

(Diana Loyola Chávez, profesora de Filosofía)



Duodécima estación

La Ascensión de Jesús

(Lc. 24,50-53)

Después los condujo [fuera,] hacia Betania y, alzando las manos, los bendijo. Y, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos se postraron ante él y se volvieron a Jerusalén muy contentos. Y pasaban el tiempo en el templo bendiciendo a Dios.

En este episodio se produce una **despedida**, pero es diferente a las que estamos acostumbrados. Normalmente suelen ser tristes, con un tono melancólico sobre todo cuando dejamos atrás un ser querido o una historia que se acaba. En el pasaje, los protagonistas se van **contentos** y llenos de **paz** con la **bendición**. Más que una despedida es un **descubrimiento**, algo que te cambia la vida. Reconocer a Jesús en su vida les transforma y les llena. Nosotros tenemos una despedida cercana. A las puertas cerradas y a los muros que nos rodean les queda poco tiempo para caer. Saldremos a la calle, nos reuniremos con amigos y serán días de alegría para todos. Antes, con la **Resurrección** tenemos la oportunidad de abrir las puertas y **derribar los muros de nuestro corazón** para poder ver a Jesús como los discípulos de Betania.

(Juan Martínez Rodríguez, estudiante de Filosofía)




*Decimotercera estación
María y los discípulos esperan en oración
la venida del Espíritu Santo
(Hch 1,12-14)*

Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, que dista de Jerusalén tan sólo un camino de sábado. Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban: Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelota y Judas de Santiago. Todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes, persistían unánimes en la oración.

Antes de ascender al cielo, el Señor les ha dicho que van a recibir el Espíritu Santo. Es el comienzo de la Iglesia, es comunidad y oración. Ahora tienen que esperar a que se cumpla lo dicho por Cristo y rezan. Rezan en comunidad que es lo que Cristo les ha enseñado desde el principio de su predicación, hay que hacer, hay que ser comunidad. Pero comunidad de hermanos tal como les enseñó Jesús, porque “todo aquel que cumple la voluntad de Dios es mi hermano” en Cristo (Mt 12, 50).

(Antonio Gil-Delgado, estudiante de Filosofía)



Decimocuarta estación

La venida del Espíritu Santo, llamada Pentecostés (Hc. 2,1-12)

Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos reunidos. De repente vino del cielo un ruido, como de viento huracanado, que llenó toda la casa donde se alojaban. Aparecieron lenguas como de fuego, repartidas y posadas sobre cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu les permitía expresarse. Residían entonces en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todos los países del mundo. Al oírse el ruido, se reunió una multitud, y estaban asombrados porque cada uno oía a los apóstoles hablando en su propio idioma. Fuera de sí por el asombro, comentaban: —¿No son todos los que hablan galileos? ¿Pues cómo los oímos cada uno en nuestra lengua nativa? Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y los distritos de Libia junto a Cirene, romanos residentes, judíos y prosélitos, cretenses y árabes: todos los oímos contar, en nuestras lenguas, las maravillas de Dios. Fuera de sí y perplejos, comentaban: —¿Qué significa esto?

Así es como actúa el Señor en estos tiempos: nos pone a todos a hablar “**lenguas**” extranjeras, nuevas, o por lo menos olvidadas por la prisa de los días. Nos está impulsando a practicar más la “lengua” de la **gratitud**, de la **comunidad unida** por el bien de todos, de poner a la **persona en el centro** de nuestras decisiones y no mirar a medios para salvarla. También la “lengua” de la generosidad y de la gratuidad, del **silencio**, del **cuidado de la fragilidad** ajena, de la a familia disfrutada con alegría... Cada uno puede, seguramente, añadir unas cuantas más “lenguas” que, de repente, parece que sabemos hablar fluentemente, sea en nuestra vida personal, sea en nuestra sociedad.

Verdaderamente **el Señor está trabajando en la realidad y en nuestros corazones** en este tiempo. Nos está llenando de vida y de amor en medio de tanta fragilidad: ¡nos está inflamando los corazones! A nosotros, nos cabe hacer como los discípulos: acoger sin miedo la novedad que el Espíritu de Jesús Resucitado quiere derramar en nuestras vidas. ¡Ella nos mostrará nuevos caminos y nos llenará de alegría! ¡Y después, no nos queda más que salir a **anunciar la alegría** de esa nueva Vida descubierta en Jesús!

Canción para saborear: “*Fuego*” Cristóbal Fones sj en colaboración con Maxi Larghi.
<https://www.youtube.com/watch?v=HubSChX7SOQ>

(Dulce Catarino aci, estudiante de Filosofía)